

PASEANDO POR ZUHEROS, OS QUIERO HABLAR DE SUS CALLES

J. FERNÁNDEZ CRUZ
ACADÉMICO NUMERARIO

La exposición de este trabajo mejor que en este lugar cerrado, por muy adecuado que sea, resultaría más lucido si nos situásemos en la Plaza de la Paz, e "in situ" comentar dialogando al pasear todo aquello que se nos ofrece a la vista, pero como ésto no es posible, nos lo vamos a imaginar como si recorriésemos las calles.

Partiremos de la Plaza de la Paz a la que se le puso este nombre hace veinticinco años, nombre que encaja perfectamente en todos los regímenes. Por eso perdura. Antes la llamábamos simplemente La Plaza o Plaza de la Iglesia, porque en ella tiene su puerta principal la parroquia, única del pueblo, dedicada a la Virgen de los Remedios, a cuya imagen de finales del siglo XIII o primeros del XIV, dicen que muy milagrosa por entonces, a la que despiadada y brutalmente arrancaron de su regazo al Divino Infante para convertirla en imagen de vestir, quedando como actualmente se venera, como Patrona del pueblo, en el altar mayor.

Además de la iglesia con portada de corte herreriano hecha de cemento, obra nada vistosa diseñada por el arquitecto diocesano D. Carlos Saenz de Santamaría, preside esta plaza como edificación civil, ahora, antes militar o residencial, la torre del homenaje del castillo, torre que estuvo enlucida y encalada rematando en espadaña, soportando campana y reloj que hoy queda en la fachada de la iglesia, donde fueron trasladadas, una vez restaurado el templo, después de que un rayo fundió y destrozó parte de la maquinaria, aprovechándose el momento para quitar de la torre lo añadido, cuando se colocó el reloj, luciendo así sus antiguas almenas.

El piso de la plaza era terrizo y cuando se levantaba viento no había quien parase en ella. Hoy con arriates, pavimentada con fuente central de surtidores que ha tiempo no funcionan y asientos de mampostería, no se tiene que sufrir aquellas polvaredas que pronto nos ahuyentaban, siendo por el contrario lugar de sosegada y acogedora calma.

Donde está la rampa de entrada al castillo, había un paredón exagonal de mampostería usado como tablado de música, donde tocaba la banda del pueblo mazurcas y chotís los días de fiesta, quitándose ya inservible para poner una fuente con sus dos caños y sus dos pilas cuando se trajo de la sierra el agua de abastecimiento público, fuente que más tarde se transformó en pilar abrevadero.

Había algunos álamos y acacias. Bajo sus sombras se reunían corrillos de vecinos desocupados y por la mañana al amanecer hacían plaza los jornaleros al tiempo que llegaban los hortelanos de la vega de Marbella con su "carga" y clavando un largo regatón en el suelo para colgar el peso, comenzaban así, antes de aclarar el día, la venta de sus vituallas.

En un poyete hornacina de la roca contemplamos una estatua romana, tocada, decapitada y sin brazos, de hechura no muy exquisita, ante cuya vista exclamó un ingenuo observador que fijamente la miraba absorto: "Si la pobre está así en la Plaza de la Paz, ¿como estaría si fuera la de la guerra?". Fue descubierta por Aureliano Fernández-Guerra en el Laderón de Doña Mencía el pasado siglo, en sus comienzos, al tiempo que apareció en su finca de Minerva la estela funeraria embutida en el paredón que nos lleva a la puerta columnada, que nos franqueará la entrada al castillo.

Entre la iglesia y la roca que soporta la fortaleza hubo en tiempos una pared y en ella una puerta que fue del cementerio parroquial, pared que permaneció en pie hasta mucho tiempo después de ser trasladado el Campo Santo a la Encrucijada en 1914, donde se encuentra actualmente. Al cementerio le separaba de la peña un callejón pendiente hacia abajo que llamaban La Villa, conduciendo a los adarbes de las murallas y por eso, por ser la villa, la antigua villa con el cementerio, hoy transformado en amplio paseo terminando en mirador, se le debía de llamar Paseo de la Villa, que es su nombre verdadero y legítimo. En este paseo se celebran las fiestas de verano, siendo capaz de admitir miles de espectadores para poder presenciar las representaciones que con escenarios naturales a uno y otro lado pudieran llevarse a cabo.

Dejando el paseo, frente a otro lado de la plaza quedan la escalerillas y su corrido balconcillo desde donde los curiosos contemplan ambas plazas y comentan los sucesos.

Por último desde el mirador de la Plaza de la Paz vemos el paisaje y...

*Desde Zuheros contemplo
si me asomo a su baranda
el olivar allá en frente
la sierra queda a mi espalda.
El Pandaire y la Tejera,
Moralejo y la Solana,
Valbuena y los Balachares
Cotillas y la Cruz Blanca.
Hacia la mitad de la Vega.
Baena allá no lejana
con la torre de Albendín
en un monte muy galana.
El Serrao, la Viñadera,
Carrera y la Piedra Larga,
las Corralejas y el Hoyo,
la Fuente y la Gallinera.
Desde Zuheros contemplo
si me asomo a su baranda,
El olivar allí en frente
la sierra queda a mi espalda.*

y dejando plazas, nos vamos por las calles.

Comenzamos por la del Horno, que acaso sea la más antigua de Zuheros, por ser con el Mirador y las Esquinillas la más próximas al castillo y defensas amuralladas, que atajan al pueblo por el oeste. Las tres fueron sin duda embrión del casco antiguo de la villa.

Su nombre le viene de que en ella estuvieron horno y paneras del Señor de Zuheros. Hubo también un albergue o posada para transeuntes y en ella se ubicaron más tarde los graneros del Pósito y sus dependencias. En la actualidad se encuentra el Ayuntamiento, que fue construido en tiempos de la dictadura del general Primo de Rivera,

albergando hasta hace poco las dos únicas escuelas que había, una de niñas, así como viviendas para sus maestros, que aún perduran en parte.

Sale llana de la plaza y pronto, tras una suave curva, comienza cuesta arriba. Antes de llegar al Ayuntamiento, donde esta el cambio de rasante queda la entrada al barrio de La Torre, y después de él con quien hace esquina se entra a la Plaza de López de Arbol. Luego tuerce en ángulo recto y en el mismo vértice de esta misma acera sale la calleja de las Escominillas, terminando nuevamente en llano para concluir en las cuatro esquinas de la Barrera.

La circulación rodada va en una sola dirección de la Barrera a la plaza, con un punto en curva estrecho y conflictivo, donde está la sacristía.

Hasta que fue pavimentada, con firme de hormigón y refino de cemento, el piso consistía en una mezcla de arena y tierra, bastante erosionable, que se reponía muy de tarde en tarde por prestación personal traído el reseo a lomos de caballerías de una cantera que hay en la puente. Este pavimento era muy común en las calles de Zuheros y citaremos con frecuencia cuando pasemos por ellas. A todo el largo de las fachadas, en ambos lados, tenía una franja estrecha algo acunada y empedrada para proteger los desperfectos y desgastes al suelo cuando caía el agua de los aleros, corriendo por su cuna la de lluvia, aunque este drenaje no impedía que se formase barrizal en sus partes mas llanas como eran sus extremos.

Ahora con su pavimento nuevo tiene a todo su largo estrechas aceras, con piedrecitas de río, limitadas por bordillos de roca caliza, protección que siempre tuvo el Ayuntamiento con suelo de portland muy escurridizo en su parte pendiente, donde más de un coscorrón sufrimos cuando niños al tomar como diversión el deslizarnos con brio después de tomar carrerilla.

Hemos dicho que de esta calle parten tres callejas, que vamos a visitar. A la primera designa el pueblo, que es soberano y el que manda, como barrio de la Torre o de la Torrecilla, que es su verdadero nombre, debiéndose desligar de la calle del Horno, donde de momento queda incluido. Su trazado resulta irregular con pocas fachadas en línea, siendo abundantes sus esquinas y rincones, que, con los paredoncillos, arriates y macetas, que las vecinas cuidan con primor, hacen de este barrio zuhereño el más típico y coquetón de la villa. Tiene veinticuatro viviendas, que, conservadas con gusto y celo son muestra representativa del tipismo arquitectónico de esta zona del sur cordobés en su muestra más modesta.

En el barrio podemos visitar, subiendo al frente, una vivienda particular, previo aviso y consentimiento del dueño, y desde ella, en un alto otear en toda su amplitud el profundo paraje del cauce del Bailón, desde un mirador que se apoya en una vieja muralla medieval.

Retrocediendo unos metros en este mismo barrio, en el que todo su pavimento se compone de un pasillo central de hormigón y cerca de ladrillos macizos colocados a soga, continuando empedrado hasta lapared. En este barrio, repito, al retroceder nos encontramos con una verja de hierro que nos impide la entrada a la Alcazaba del Olivo, que preside y domina una torre cuadrangular, rematada por ocho almenas puntiagudas, tres por cada norte. Para su visita se solicitará la llave del Ayuntamiento, donde de seguro habrá una.

En este recinto bien llamado del Olivo, porque en él perdura como planta ornamental una de esta especie, podemos contemplar muy de cerca el campanario, que fue en principio minarete de la mezquita alhama (sic), sobre el que se alzó el cuerpo de campanas con cuatro de ellas de gran temple cuando suenan a volteo. Asomados al adarve dominamos el paseo de la Villa, que nos separa del castillo que, de igual a igual, tenemos frente.

Al salir torciendo a la derecha suavemente descendemos por la última calleja con viviendas solo en su parte derecha; con ventanas pequeñas y aleros de vieja teja

árabe; sin canalones ni bajantes. Al fondo una puerta de madera claveteada nos franquea la entrada a unas terrazas con miradores a los puentes y cauce Bailón, lugar recomendado para asistir al espectáculo maravilloso de una puesta de sol con horizonte lejano, al mismo tiempo que se goza de la silueta de unos puntiagudos tajos y suaves colinas en valles descendientes repletos de olivar.

Vamos a llamar a todo este conjunto de calles y vericuetos Barrio de la Torre, no por capricho, insisto, sino porque ese es su verdadero nombre desde tiempo inmemorial.

Saliendo del barrio tras pasar el Ayuntamiento, luego de recorrer estrecho y corto callejón que hace esquina con él, estamos en la plazuela de López del Arbol, como reza en la esquina de entrada una placa de mármol gris, que en bajo relieve tiene esculpidos los atributos de la escuela y del maestro, tales como: una esfera, libros abiertos, lapiceros, tintero y plumas. Fue D. Juan López del Arbol aquel maestro que con matrícula de hasta ciento cincuenta alumnos consiguió, que de aquella época no hubiera ni un solo analfabeto masculino en el pueblo de Zuheros, sabiendo aplicar además las cuatro reglas.

Como curiosidad digna de recuerdo y de este lugar lo fue Carmencita, vieja de aquellas de refajo a la vista y panuelo negro siempre a la cabeza, cariñosísima en extremo, a la que cuando salíamos de la escuela o durante el recreo, bien que llevaba la cuenta, teníamos por obligación el darle un beso para no enojarla, prohibiéndonos al mismo tiempo que no hurgásemos en su puerta o fachada, por temor a que se le ensuciase o desconchásemos.

Nos queda como último alátere de esta calle del Horno por visitar el callejón de las Escominillas, recto y estrecho, ensanchando al final donde esta la entrada a unas terrazas-mirador, construidas muy recientemente, a igual altura que Charco Hondo, lugar que se encuentra mismamente frente.

Su nombre de Escominillas, según el catastro de Ensenada viene de que en este lugar, al abrigo de los fríos vientos del norte, se instalaban Las Colmenas.

Termina la calle del Horno con un paredón a la izquierda metros antes de la esquina donde estuvo instalada una de las cuatro fuentes, la tercera, del abastecimiento público.

Años después de llamarla del Horno como ahora se le conoció como del Capitán Galán, por la misma razón que hasta no hace mucho se le denominó del "18 de Julio". Hoy tiene una subtitulación con letra más pequeñita que dice: "Párroco Rafael Linares", sacerdote que estuvo en Zuheros poco tiempo, pasando luego a Córdoba donde murió joven.

Por todo cuanto venimos tratando pedimos y creemos con sobrada razón, que de la calle del Horno se desglosen el Barrio de la Torre y Las Escominillas, como tales calle o calleja y barrio con sus denominaciones propias e independientes, así como la plaza de López del Arbol.

Así hemos llegado a las cuatro esquinas de la Berrera a las que en el siglo XVII se las llamaba de Bartolo. Eran el lugar indicado para efectuar subastas de fincas, casas, enseres o cualquier otra cosa.

Continuando nuestro paseo seguiremos, por ahora, por las calles que el pueblo llama en Semana Santa, la Carrera de Jesús y viniendo de la del Horno, a la que salen las procesiones desde la iglesia, hemos de continuar por la calle del Cerrillo, que va desde la Barrera hasta la confluencia con la Plazuela y no como está marcada ahora hasta el ensanche de la Mina.

A este trozo, verdadera calle del Cerrillo, le hemos conocido otros nombres como el de Alcalá Zamora, primero y General Mola, después.

Se le llamó del Cerrillo porque conducía, cuando el caserío del pueblo era más reducido y comenzaba a crecer, el único punto algo más alto y próximo, con caída hacia allá, suave cerro, cerrillo, antes de acometer las pronunciadas pendientes que

nos conducen a la cumbre de los tajos.

Fue terriza con cunetas empedradas quedando hoy pavimentada como la del Horno. Desde la Plazuela hasta la Mina, que era un pilar abrevadero desaparecido hace más de un cuarto de siglo, o hasta la ermita de la Aurora, que es lo mismo, se llamó Calvo Sotelo con Franco y García Hernández cuando la República, pero su verdadero nombre, el antiguo, el de siempre, corresponde con el de calle Tercias, nombre que se le puso por ignorancia o testarudez a otra calleja que no le corresponde, hecho de que nos ocupamos más adelante.

Para este trozo de lo que hoy llaman calle del Cerrillo, proponemos que se le denomine Tercias, que fue el suyo como se puede demostrar entre otros documentos, por un padrón hecho en la parroquia en 1909 en el que se dice vivía en la casa número 2 el padre de quien la habita hoy, con muchos más nombres identificables aún, como es el número 41 que lo ocupaba el Molino de la Mina, almazara que poseía el sobrante del pilar ya aludido. De más antiguo tenemos otro documento que dice en su portada: "Bendición de la ermita de Ntra. Sra. de la Aurora, sita en la calle Tercias de la villa de Zuheros". El nombre de Tercias, fue muy común en muchos lugares conociéndose su porque (¿).

En esta calle, que para entendernos en los sucesivo vamos a llamarle de las Tercias, hay dos entrantes uno de los cuales presenta un rincón con ventanas cuajadas de geráneos y gitanillas, con muchas macetas en el suelo y un jazmín, que conocemos por callejón del Casino, por hacer esquina con él la casa en que estuvo. En este mismo punto se encuentra el cerrillo, al que no llegaban las casas cuando empezó a construirse la calle por abajo, pudiéndose contemplar rocas salientes de las fachadas, y dentro de los patios de las casas colindantes, grandes piedras que coronaban aquel insinuante promontorio.

De esta forma hemos llegado al ensanche de la Mina donde estuvo la ermita de la Aurora, en la que hoy es una dependencia municipal, edificio que da a dos calles, una hacia abajo que trataremos después, y otra cuesta arriba llamada de la Mina, pues por ella bajaba y seguro que aún está la conducción del agua propia que abastecería al pilar, venero que se perdió o conectó al alcantarillado, puesto que en el silencio de la noche hay quien dice oír el susurro del líquido correr próximo a una casa bien enrejada con puertas de clavos o remaches dorados donde vivió un cura en el siglo XVIII. A esta calle se le llamó luego de Miguel Maura y últimamente del General Sanjurjo.

Fue terriza, hoy asfaltada y pertenece a la Carrera de Jesús, que venimos recorriendo. En la procesión de "El Paso", Viernes Santo en su mañana, al llegar al ensanche de la Mina, o plaza de San Antonio, que también se llamó en algún momento, la Virgen de los Dolores, se marcha calle abajo con el apóstol San Juan para una vez recorrida la calle del Pozo, encontrarse con Su Hijo, que ha seguido por la calle de la Mina hasta el Santo donde la encuentra nuevamente y se abrazan, ceremonia muy semanastera zuhereña.

Terminada la calle de la Mina conecta con la del Santo que sale a la izquierda según subimos, calle que vamos a dejar para comenzar el recorrido por la de la Hoya que comienza tras un brusco cambio de rasante. Pero antes de entrar en ella, subiremos al Barrio de las Cruces, antigua y obligada salida del pueblo para la sierra si en caballería queremos ir a Carcabuey o Priego o bien a los Pozuelos, cortijada que compartimos con Luque.

En este barrio y de ahí su nombre, había hasta últimos del siglo pasado, en un terremoto donde hoy se ubican los primeros depósitos reguladores del agua pública, tres cruces formando como un calvario. Media docena de viviendas escalonadas con paredones independientes y en la misma orilla forman este barrio en la cota más alta del pueblo.

Recientemente AMA ha construido en este paraje una serie de amplias terrazas,

delimitadas por barandas hechas toscamente con madera, que servirán como lugar de esparcimiento, como paseo o como parque si alguna vez se pone arboleda en este lugar, que es donde debió estar edificado el hotel Zuhayra, ya que, siendo terrenos del Ayuntamiento con puntos de toma de alcantarillado y agua de la red, se pudo disponer, por añadidura, de espacios suficientes para aparcamientos y zona ajardinada, piscinas y campos de deportes o de tenis, sobrando aún suficientes áreas para otros usos de esparcimiento y servicios. Desde este lugar que además está conectado con la carretera del pueblo a la Cueva de los Murciélagos, se disfruta de unas vistas maravillosas que dominan sobre sus tejados al pueblo, mientras el horizonte se alarga y alarga desde nuestro próximo olivar, hasta las cumbres de Sierra Morena en días despejados, abarcando en intermedio gran parte de la campiña cordobesa.

Volvamos para comenzar el recorrido calle de la Hoya abajo, sin asomarnos tan siquiera a la calle Tras de las Casas, donde abren todas las puertas falsas o portones de la acera de los pares de la Calle de la Hoya, sin mirar como hemos dicho, porquela suciedad y el hedor a establo de ella nos dejaría mal recuerdo por ser la antítesis de limpieza y pulcritud, que en el resto de la villa podemos contemplar.

De arriba a abajo vamos a recorrer esta nueva calle con circulación rodada en ambos sentidos, siendo la ideal para aquel que sin detenerse guste de atravesar el pueblo, de una a otra salida, porque además es la más ancha, larga y recta, con edificios muchos de los cuales tienen tres plantas.

En otros momentos se le conoció bajo el nombre de Sagasta y hasta hace poco por General Franco. Su nombre de la Hoya, no viene como creen bastantes de la palabra joya, como se pronuncia al aspirar la H, joya por preciosa, ni por ser más valiosa. No, no es esa la razón. Se comenzó a edificar en ella como en la del Cerrillo de abajo hacia arriba, de lo primitivo a lo moderno y en su parte alta, como sucedió allí, un accidente geográfico le impuso el nombre. De los tajos, de lo que hoy son las Cruces bajada en ciertas ocasiones un insinuante arroyuelo con poco caudal no permanente en la dirección que tiene la calle, más, encontrándose como obstáculo lo que hemos venido llamando el cerrillo, cambiaba de dirección sin corriente rápida ni pendiente pasando a discurrir por el lugar donde luego estaría el pilar de la Mina, y allí se producía un encharcamiento, simulando una pequeña hoya, llanete o concavidad.

Al principio de la calle y a su izquierda hay un amplio paredón con pequeños arriates o jardineras, de suelo desconcertado en trozos pulidos de piedra caliza, cuya entrada queda al comienzo, divisándose desde el final y en alto todo lo que ocurra en la calle.

Fue la primera que tuvo pavimento de hormigón y aceras con piedrecitas de río. Antes tuvo un centro enlomado de arena, con cunetas empedradas desde sus bordes hasta la cenefa de la pared, haciendo el mismo efecto como si de aceras se tratase. En estas zonas empedradas había varios árboles, la mayoría ocacias saliendo entre las piedras del suelo yerbajos que no llegaban a crecer, pues más de un vecino, desde el amanecer hasta el ocaso, sacaban varias cluecas con polluelos, tomando la calle por corral, siendo estos animalitos los encargados de cortar aquel improvisado césped.

Cuando se trajo el agua de la Zarzarilla para establecer cuatro fuentes públicas, vecinos de esta calle y a su costo solicitaron una conducción semi-particular hasta la esquina del molino, donde quedó instalada una fuente, que aproximó el agua serrana a los domicilios de la calle.

Tengo que citar una casa con buen herraje exterior, que tiene agua propia procedente de un manantial que brota del tajo de la Cruz de la Atalaya y llega a la casa por una conducción de atenores de cerámica, para desaguar en un pilar grande, que aun se conserva, con sus dos caños de bronce, en uno de sus patios. Hoy día al tener red distribuidora de agua pública a domicilio por todo el pueblo, se abandonó dejándose la conducción, pero cuando estuvo en buen uso y llovía lo suficiente, el sobrante de

este pilar salía por una pequeña alcantarilla hasta la calle, corriendo en tal abundancia por la cuneta como para que las vecinas, colocando piedras y formando pozas con trapos, lavasen la ropa, que luego ponían a blanquear sobre el empiedro de la calle, y aun me atrevo a decir que este venero, antes de ser conducido, fue el que pasando por la hoya dió nombre a esta calle.

En la puerta de algunos puentes hechas a su costa ocupando toda la fachada había anchas aceras de cemento, donde al atardecer, prolongándose hasta la madrugada cuando la canícula era máxima, se reunían los vecinos en tertulias en las que se averiguaba la vida y milagro de cuantos pasaban por allí.

Al final de esta calle igual que empieza y por la izquierda, tenemos un paredón en el que una Cruz de piedra está saludando a cuantos entran al lugar, Cruz que estuvo colocada en el centro de la calle de la Barrera, trasladándose a su actual emplazamiento cuando comenzó a complicar el paso de carruajes, carros o coches de caballos.

Terminada la calle de la Hoya que venimos visitando llegamos a la Barrera, entrada natural y primitiva de vehículos, pero vamos a descender por esta vía hasta el puente desde donde subiremos comentando sobre ella.

Una vez en el puente o la puente, llamado de estas dos formas por los nativos, que además así designan al barrio como El Puente, puente que en principio se hizo de madera, para luego construirlo de mampostería, más una y otra vez cuando el Bailón se le inflan las fauces, fue arrancado de cuajo arrastrando varias veces sus dos estribos. Otra vez se hizo con bóveda de ladrillo sucumbiendo también en una avenida. Nuevamente de hormigón y nuevamente empujado por el río. En la estructura actual el ojo del puente lo forma un cilindro de acero cerrado completamente y esperamos que aguante las pocas avenidas tumultuosas, que por desgracia debido a la escasez de lluvia se vienen produciendo.

Desde este puente cuando el río baja embravecido, de las numerosas cascadas que mirando a Charco Hondo pueden contemplarse, se desprenden nubes atomizadas de gotículas de agua a las que dándole los rayos del sol, nos ofrecen numerosos arco iris pequeños de vida muy efímera.

Apabullan por su cercanía los tajos, Tembladero, Capitán y la aguja en que termina el bloque donde en su comedio se encuentra la cueva de la Camorrilla. La vista opuesta nos ofrece con el olivar al fondo un horizonte encajonado entre el Castillo de Ayende, de un lado y el promontorio del Barrio de la Torre con su muralla, al otro.

Tomando la calle arriba subimos por lo que se llamó Puerta de Cabra en tiempos muy lejanos, cambiándose no tan recientemente por el de Barrera, el que perdura actualmente, vía a la que se llamó en otros momentos con ideales contrapuestos como Jaen Morente o General Cascajo.

Las primeras viviendas están a la derecha con unos paredoncillos y en cada uno de ellos, una o dos casas con arriates muy floridos, paredoncillos uno tras otro hasta la confluencia con la calle de la Hoya.

Un poco más arriba se ensancha la calle y en este lugar sale pendiente hacia abajo una calleja con salida al campo, continuando con una vereda accidentada e incómoda que al final va a parar a la carretera de Estación de Luque a Doña Mencía, precisamente por el puente Nuevo. Esta calleja con nombre propio esta incluida en la denominación Barrera por lo que pedimos su desglose, para que conste con el suyo propio muy bonito y con historia.

Hubo un señor con propiedades en esta calle entre las que se contaba un molino de viga aceitero, que conocían los vecinos como del Mayor Orduño, nombre del labrador hacendado, uniéndose con el tiempo los dos nombres, luego de alguna deformación, resultando así el nombre de la calle. Como Mayortuño se le conoce actualmente y como Mayortuño oficialmente se le debe tener. En ella se ha construido recientemente el consultorio de la Seguridad Social, muy suficiente y capaz para las necesidades del

lugar.

En la misma entrada de Mayortuño desde la Barrera tenemos acceso a una glorieta pequeñita y recogida, surgida últimamente, que preside un Cristo de forja, glorieta a la que el año pasado, para honrar y agradecer su adnegación como médico rural y del pueblo, durante más de cuarenta años y en el momento de su jubilación, se le dedicó y puso a su nombre, designándola por Glorieta del Médico Antonio Uclés, leyenda que se aprecia en la fachada del Hogar del Pensionista "San Daniel" situado en ella.

Continuando calle arriba por esta de la Barrera, pasada la confluencia con la de la Hoya, recuerdo que existió lagar que en Zuheros pisó uvas y de que me consta queda solera de aquel trujal y en sus mismas botas en una bodega pequeña e ignorada, donde estuvo la taberna que decían del "Moro"; en la que servían a aquellos caldos en la calle Nueva que empieza donde termina la Barrera en las esquinitas de Bartolo, por la que vamos a seguir nuestro paseo.

Primero de Ramón Franco y luego de Queipo de Llano fueron los nombres que tuvo esta calle Nueva durante algo más de cuatro décadas. Su nombre fue y ha vuelto a ser el de Nueva, porque así es desde su principio engrosando el casco urbano, que ya lo componían, por esta parte del pueblo, con las del Horno, barrio de la Torre y Escominillas, la Barrera y el Cerrillo.

A esta calle la conocimos, antes de estar pavimentada como todas las de ahora, terriza en su principio hasta allanar pocos metros más arriba de su comienzo, para seguir empedrada toda ella, pavimento que en la cuesta del principio no se podía colocar por lo escurridizo que resulta un empiedro cuando se muestra lacio a causa de las continuas pisadas. Por otra parte si en las calles planas y sin drenaje el suelo es terrizo, con las primeras gotas de la lluvia, se formaría tal lodazal, que su tránsito resultaría incómodo o imposible, por lo que, sabio el pueblo, en todas las vías llanas, se ponía un empiedro como más adecuado pavimento.

A esta calle Nueva desemboca una estrecha y con recodos a la derecha; otra sale hacia su izquierda. Ambas las recorreremos más tarde, continuando ahora por la calle Llana o de Fernández Jiménez, que se le puso en honor de un hijo de este pueblo, del que nos honramos.

Como su nombre indica es la única del pueblo prácticamente llana y es la que tiene más callejones incluidos en su *nómina*, que no llegan a merecer nombre propio por lo pequeños que son, aunque para distinguirlos citaremos aquel por el que se les conoce.

A poco de su recorrido a la izquierda y hacia abajo sale una calle dedicada a Aureliano Fernández-Guerra. Nosotros continuamos y pasando lo más estrecho con suave curva a la derecha se abre un callejón que llaman de "Juanico el Tuno" carabinero en su juventud, después portero en nuestro Ayuntamiento o de "Bautista el Palero" ya que ambos y en diferentes épocas vivieron en él. Casi frente un poco más adelante algo más ancho pero de menos fondo se abre el de "Matachiches". Unos pasos más y descende una calle con nombre indefinido que llega a conectar con la de Fernández-Guerra, calleja que hasta no hace mucho fue un simple callejón, siendo abierta como travesía o calle por "Cordobita" alcalde que la abrió por lo que muchos la llaman Calle de Cordobita. Cuando fue callejón al final tenía una casa precedida por un patio con flores, casa que para mi añoranzas me trae, pues en aquella humilde vivienda habitaban mis abuelos, abuelos maternos cuando mis padres me trajeron por primera vez desde Jaén a Zuheros en pañales y con faldones a pocos días de nacer.

Como se deduce la denominación de estos callejones va cambiando a través del tiempo a medida que se van sucediendo los vecinos, tomando el nombre o el apodo del más antiguo o destacado de entre ellos.

Más adelante podemos admirar, sobre todo en verano por lo florido de sus enredaderas al que llaman "Callejón por Guarda", en el que reside el último guarda de campo que hubo, pero antes frente por frente a la salida de esta calleja vivió "Frasquito

el Guarda”, poeta a su manera, que fue quien verdaderamente marcó hace mucho tiempo la denominación de este callejón.

Con el de la “Capulla” pequeña entrada a la izquierda concluimos la relación de entrantes subsidiarios de esta calle que venimos llamando Llana, que siempre estuvo empedrada mientras que hoy queda pavimentada con cemento y sin aceras. Termina la calle en la confluencia con la del Pozo y la del Pozo Abajo sin que una sea continuación de la otra. Son totalmente independientes.

Por ambas pasaba el ganado que desde Doña Mencía se dirigía hacia la parte de Jaén por Luque, por formar parte de una vía pecuaria, y en ella junto al pozo descansaban las reses, si no lo habían hecho en La Fuente a orillas del Bailón, abrevadero de agua muy dura por lo que siempre preferían la del pozo, que dió nombre a esta calle, que luego conocimos como del La República y últimamente por Capitán Cortés.

Casi del mismo lugar donde confluyen Pozo, Llana y Pozo Abajo, parte otra hasta la Mina, calle que no tiene nombre propio considerándose siempre en la denominación del Pozo, sin que en ella se perforase ninguno, por lo que podríamos desglosarla de ella proponiendo para su designación el nombre de Travesía de la Aurora, en honor a la Virgen de tal Advocación, ya que en ella estuvo la puerta de la ermita en la que recibió culto casi exactamente dos siglos y de esta forma, generaciones venideras podrán saber y recordar que allí hubo una iglesia.

Más sigamos cuesta arriba por la del Pozo. En cuatro de sus casas de la izquierda hay o hubo un pozo, siendo uno de ellos compartido entre dos viviendas. En la acera de enfrente desde abajo a lo alto corre un paredón, que se entrecortaba dada la pendiente, para cada dos o tres casas, en trozos a los que se le viene llamando por los nombres o apodos de quienes habitan o habitaron en aquellos lugares y así tenemos: el de la Posada o del Canónigo; “Magaleno” y el del Tesoro; luego “Medianguarina”; el de “Pincharratas” para seguir con el de la “Molletera” terminando en la esquina de la plaza del Santo con el de Canelo.

Fue la plaza del Santo, conocida mas cariñosamente por los antiguos como el Llanete, la entrada y salida al pueblo por el camino de Luque. Un pilar abrevadero que llamaban Caño Gordo, formado por grandes placas de mármol rosa de Cabra, toscamente labradas sin pulir, ocupaba el centro un tanto desviado hacia las casas, por la que llegaba al pueblo desde su ermita la procesión con San Sebastián, imagen que fue remedio de mendigos, tullidos y transeuntes, que al amparo de su ermita encontraban cobijo. Esta procesión que antaño era muy festejada se repetía año tras año el 20 de enero, hasta que se hundió la iglesia y hubo que trasladar al altar mayor de la parroquia la imagen pequeña del Santo donde permanece hoy. Recordamos los de mi edad las ruinas de aquel templo extramuros, donde jugábamos a guardias y ladrones, desde la alameda de eucaliptos, que la precedía, hasta la era que había detrás, asaltando a veces el patio de las casas deshabitadas de la Tuntuna para comer higos boñigales de una higuera grande que allí había.

Esta placeta ha sufrido con el tiempo varias transformaciones. Estuvo primero empedrada y atravesada por una gran cuenta, por la que corría agua en abundancia salida por dos grandes bocas al principio y al comedio de la calle del Santo, que a continuación vamos a recorrer, terminando algo más que decir del Llanete del que sale hacia arriba una calle o, callejón de casas pequeñas poco modificadas, al que cerraba el paso en su final una puerta con barrotes de hierro, que al desaparecer le ha cegado totalmente. Por dar paso a unas viñas y parrales que terminaron invadiendo la calleja que le llamó El Parralejo, designación que hoy afortunadamente luce con letras de cerámica en la esquina de su entrada.

A esta plaza del Santo, haciendo esquina con la calle del Pozo, da la fachada y puerta principal de la Casa Grande, edificio que con el Castillo, vista la villa desde lejos, se define en sí el entorno zuhereño. Se hizo esta casa en 1912 conociéndosele

también por Casa del Cura Maroto, D. José Camacho, señor que administrando los bienes de dos señoritas madrileñas y por su encargo, levantó esta residencia para vivienda de los tres. Durante la contienda de 1936 se tomó como cuartel de la Guardia Civil, por dominar su alrededor, siendo entonces propiedad de la familia Fernández Jiménez, quienes la vendieron al Gobierno Civil de la provincia y éste a su vez la donó al Ayuntamiento, para transformarla en grupo escolar con viviendas para maestros, con lo que se destrozó su belleza interior quedando mal parada incluso la estructura que vemos, relegando por el momento su uso para un destino incierto, puesto que ya no alberga a maestro ni alumnos.

Hoy día más que plaza resulta ser ensanche de la carretera de entrada desde Luque y la subida a la Cueva de los Murciélagos, quedando entre ambas vías el único grupo escolar que ocupa los alrededores de lo que fue en su día ermita de San Sebastián.

Continuaremos la visita recorriendo la calle del Santo, completamente llana, empedrada antes hoy asfaltada y con aceras, con el paredón más grandes y alto, con sus recorridos arriates, al que llaman de Trini porque en ella vivió en la casa que hoy está la Residencia de Ancianos San Matías.

En esta calle hemos visto, cuando la feria de mayo, que se emplazaba en la de la Hoya, instalados los "Caballitos" en la puerta de Isidro y el Pabellón Artístico, aquellos muñecos articulados que tintineando campanitas al exterior anunciaban las escenas que dentro se veían, tales como: el soldado que besa a la novia con descuido de la suegra; el ratón que asusta a la doméstica barredora; el aprendiz de zapatero remendón que agachado soplando la candela, se le veía por el trasero sus pantalones rotos... y algo más; el borracho tambaleante entre los dos "guindillas", y otros cuadros más que se me nublan en el recuerdo.

Desde el final de esta calle del Santo, que con el Llanete y el Parralejo se les conoció con el nombre de Mártires de la Libertad antes del 36, y después como José Antonio Primo de Rivera, nos vamos a trasladar a la Plazuela que dejamos al final de la calle del Cerrillo en confluencia con la de Tercias.

En esta plazuela estuvo la segunda fuente pública cuando llegó el agua de la Zarzadilla y en ella está emplazada la Cruz de los Caidos en la que figuraba una lápida de mármol blanco con nombres, pero como faltaban algunos de los que murieron en aquella conflagración, fue sustituida por unos mosaicos, que dicen: "Por todos los Caidos", rótulo que se ajusta más a la verdad.

Hemos de consignar, al tiempo que lazamos una sugerencia, que junto a una piedra enorme bien visible que sirve de cimiento a una casa, parte un callejón estrecho que podemos llamar de Luis, estrecho y sin salida, cuya terminación se encuentra a pocos metros de otro que en la calle Llana decíamos del Palero y que unidos, sin mucho laberinto proporcionarían una calle patronal o pasaje de muy buen uso acortando distancias en el mismo centro del pueblo.

Se amplía esta plazuela más interiormente con otra placita recoleta de tránsito hacia una calle estrecha que quiebra dos veces en ángulo recto, para terminar en calle Nueva.

Esta calle se abrió a principios de siglo pasado, para evitar las disputas que surgían entre vecinos propietarios de unos patios o corrales en los que el ganado con sus deyecciones, al pasar éstos de una propiedad a otra ocasionaban reyertas de continuo, por lo que se acordó abrir la calle, evitando así servidumbres de paso, aun cuando estos líquidos vertieran en la calle pública, lo que demuestra, que, bien estaba aquello de "agua va". Se le dió una anchura lo suficiente como para que pudiese transitar por ella una caballería con su carga máxima, que consideramos sería de ramones para roer el ganado o haldas llenas de paja, cuando de madrugada en el agosto venían de la era. Se le conoció por mucho tiempo por la callejuela de la Cárcel, incluyéndosele cuando el Movimiento impropriadamente en la de Queipo de Llano y hoy, aún a sabiendas que se cometía error, se le llamó de las Tercias, calle que se ubica en otro lugar como hemos

demostrado. Para ésta propusimos hace veintitres años otro nombre cuyo razonamiento fue el siguiente.

Cuando en 1968 se nos concedió el "Premio Juan Valera" que otorga el Ayuntamiento de Cabra, por una serie de artículos que relacionaban la vida y obra de Juan Valera con la de Aureliano Fernández-Guerra, en el sexto capítulo del libro que se editó titulado "Hay que saldar una deuda", propusimos que al igual que en Cabra existe una calle rotulada con el nombre de Juan Valera y otra con el de una de sus obras "Pepita Jiménez"; también en Doña Mencía figura "Juanita la Larga" como obra y otra dedicada al polígrafo egabrense, en Zuheros puesto que ya había una dedicada a D. Aureliano, propusimos repito, el nombre de Juan Valera para la plaza y el de Morsamor para la callejuela.

Morsamor fue la novela más larga de Valera, no la mejor, ni tan siquiera buena, pero este personaje aventurero y navegante había sido fraile llevando en religión el nombre de Fray Miguel de Zuheros, por lo que le escogimos para esta calleja. En su día el Ministro de Gobernación autorizó el nombre propuesto para calle y plaza. Hizo falta el paso de cinco alcaldes para que por fin se pusiera a la plaza el nombre de Juan Valera, y además se levantó en ella un monumento con busto en bronce del escritor, pero no se completó la petición, ya que, se denegó el propuesto de Morsamor para la calle, por lo que aprovechando esta ocasión hemos de reiterar, que, la designación de Tercias pese a su justo lugar y el nombre de Fray Miguel de Zuheros, transformado por la magia de Juan Valera en Morsamor, se le ponga a esta travesía del centro del lugar, calle que empedrada con chinitas de río, con sus dos quiebros de sentido, nos retrotrae al embrujo y misterio, hechizo y conjuro de aquel personaje que creó D. Juan Valera para roturar una calle zuhereña, de forma que hasta no hacerlo quedará pendiente la deuda.

De la intersección de la calle Nueva con la de Fernández Jiménez hasta la Plaza de la Paz, trozo del centro del pueblo más transitado que nos queda por recorrer, tenemos un trozo de calle sin nombre propio que se ha integrado siempre con otras calles por lo que para ampliar más el callejero proponemos se le designe como Esquinillas, como le nombra ahora y siempre el pueblo, por lo que ratificamos tal asignación para conseguir la autenticidad verdadera y tradicional.

Nuevamente en la Plaza de la Paz, desde la que comenzamos nuestro paseo, nos queda por transitar solo una calle de esta villa de Zuheros, pero esta calle también resulta ser un verdadero laberinto, puesto que de ella, sin marcar el buen nombre de Aureliano Fernández-Guerra para la principal del bloque, tres calles más y un callejón sin salida y confirmar otra, que con nombre propio, la del Pozo Abajo, que no es ejido puesto que tiene viviendas en toda una de sus bandas, por lo que ha de tener y debe tener rótulo visible en sus dos esquinas límites.

La calle del Mirador se llamó así porque sus casas miran; porque sus viviendas a igual altura que la baranda de la Plaza de la Paz, se asoman para ver; para mirar y por ello se debe designar al primer tramo de la calle por la denominación de El Mirador.

Por acuerdo municipal tomado el 23 de enero de 1911 se designa a la calle donde estuvo la Casa Palacio, calle de Aureliano Fernández-Guerra en honor a este académico de la Real de la Lengua y de la Historia, Senador, Arqueólogo, Historiador y Catedrático, en suma culto varón. En esta casa vivió y murió su madre doña Francisca Orbe y de la Plata en 1865, casa que luego por donación al Ayuntamiento se transforma a primero de siglo en Cuartel de la Guardia Civil, en la que hoy recientemente se ha edificado el Hotel Zuhayra.

Esta vía consideramos debe empezar en la confluencia con la calle Llana, en la misma puerta donde estuvo la herrería el "Tío Pinos" y terminar en la curva donde vivieron otros dos herreros: Medrano y Muriel.

De esta forma se rinde el deseado cumplimiento con D. Aureliano dando su nombre

a la calle donde vivió, quedando el resto desde la curva hasta la encrucijada para roturarla con el nombre de Las Erillas, que nos recordarán a unas cuantas eras que había en la zona, en las que mediante un canon pagado al Ayuntamiento o la cofradía de Animas, a principios de siglo pasado, se podía sacar, por real y medio, una parva diaria.

De la misma curva donde deben comenzar Las Erillas sale un callejón hacia abajo, al que de niños íbamos a comprar almecinas, fruto del almez, que nos vendía "Pichirichi", fruto al que en Zuheros llaman "melmencinos" y del que por una perra nos llenaba un bolsillo y además nos entregaba un canuto de caña que usábamos a modo de cerbatana para lanzar el hueso.

Aquí terminamos la descripción de las calles de Zuheros que hemos ido relatando como si las paseásemos, convencido u obligado de que a superior criterio, hemos tratado el tema indicando el verdadero nombre que deben de llevar y su localización aumentando de esta forma el callejero del pueblo, que si está bien tratado y razonado prestigiará más que desestimará.